

ROGELIO GUEDEA

La brújula de Séneca

Manual de filosofía para descarriados



*Para Bruno y Brunella,
brújulas de mis pasos,
camino y destino.*

Índice



ESTACIÓN CENTRAL	15
MAPA DE ORIENTACIONES	19
Filosofía del árbol cantando en una pata	21
Los clásicos hoy	23
Filosofía del podador de árboles	24
Edad	26
Filosofía de la maleza	27
El escritor y la fama	28
Filosofía de los instructivos de ensamble	30
Vidas invisibles	32
Filosofía de las funciones de circo	33
Ejercer la crítica	34
La filosofía y los libros de superación personal	35
Cuerpo y alma	37
Filosofía del papel de baño	39
Los <i>Diarios</i> de Tolstoi y las drogas en México	40
Filosofía de las agujetas	42
Un país de leyes	44
Filosofía de las dos ruedas y un peatón	45
Parota	47
Filosofía del árbol de manzanas	48
Poesía y juego	50
Una vida sin filosofía	51
Unirnos y desunirnos	53
Filosofía del plagio	54
La izquierda y la derecha	55
Escritores y fútbol	57
Filosofía de las filas de banco	58
Sucesiones	61
Filosofía de los juegos de familia	62
H ₂ O	64
Filosofía de los puentes colgantes	65
El corazón y la izquierda	66
Hacer y no hacer	67
Filosofía del tirador de basura	68

LUZ VERDE.....	71
Saber	73
Perseverancia.....	74
Vida espiritual.....	76
Buenos hábitos	77
Honestidad	78
Templanza	79
Cuerpo sano en alma sana	81
Fe.....	82
Malos hábitos	83
Generosidad.....	84
Libertad.....	86
Diligencia.....	88
Caridad.....	89
Justicia	90
Humildad	92
Paciencia.....	93
Misterio de la vida.....	95
Prudencia	95
Hermandad	96
Éxito.....	97
Felicidad	99
Fortaleza	100
SEÑALES DE TRÁNSITO.....	103
Cuerpos mutilados.....	105
Mujeres que no trabajan.....	106
Sabiduría sin fronteras	109
Todos en uno.....	110
Las partes no eran el todo.....	112
Miel y abejas	113
Doble cara	115
Mira cómo te miran.....	116
Ruinas del tirano	117
Sabiduría popular	118
Errar.....	118

Pies descalzos	120
Fábula del buen hombre y su hijo.....	121
Ars crítica	122
El hombre y su destino	123
Filosofía circense	124
Girasol.....	125
Futbolito	127
Padres e hijos	128
Maneras de perder.....	129
Historia de mi país.....	130
Bicicleta	132
Bicicleta II.....	133
Esto también es México.....	133
La vida: esa calle que sube y que baja	135
El pan nuestro de cada día.....	137
Árbol adentro.....	138
Las partes de mi cuerpo.....	139



«Largo es el camino de la enseñanza por medio de
teorías; breve y eficaz por medio de ejemplos.»
Séneca, *Cartas a Lucilio*.



ESTACIÓN CENTRAL

De niño no tuve guías. Crecí prácticamente en la calle. A mi madre la absorbían las infidelidades de mi padre; a mi padre, las mujeres. Viví toda la infancia solo.

Cuando cumplí doce años, nació mi hermano. El día que aprendió a decir las primeras palabras, yo me fui de casa. Tenía quince años. Me ganaba la vida cantando boleros en un bar de mala muerte, por la Avenida 20 de Noviembre, en Colima, mi tierra natal. Vivía de noche y dormía de día. Pretendí convertirme en Víctor Iturbe «El Pirulí», un bohemio de los que ya no hay, pero no pude. Poco después, hastiado de que todo me fuera mal en la vida, subí a un tráiler de carga y recorrí toda la costa del Pacífico hasta el norte de México. Fue un «largo viaje hacia la noche», que rememoré en mi novela *Conducir un tráiler*. Viví en Sabinas Hidalgo, donde trabajé como chicharronero, mesero, taquero, velador de un gimnasio y cortador de pollo. Seis meses después volví a Colima, esperando reencontrarme con calles, esquinas, paraderos, amigos, pero todo lo encontré distinto. No había calle, esquina, paradero o amigo en el que me reconociera. Ni en mis padres, aún ausentes.

Decidí, entonces, cruzar la frontera e instalarme en un poblado de California. Estudié en la Nogales High

School, donde viví con un primo de mi padre, que debía varias muertes en Cerro de Ortega. A mi afición por la guitarra añadí la de las armas. Todos los días visitábamos la armería y, todos los días, de regreso a casa, mi tío me contaba la forma en la que había matado a aquel hombre que quería quitarle a su mujer, cómo se le encasquilló la pistola, cómo cayó al suelo de espaldas y se dio contra las piedras, cómo descargó toda su pistola en aquel saco de huesos. A todo este episodio (no menos negro) de mi vida le dediqué un extenso capítulo en mi novela *El crimen de Los Tepames*.

No recuerdo las razones, pero un buen día regresé a Colima, donde reinicié mis estudios preparatorianos, que unos años antes había abandonado. Viví un tiempo con mi abuela materna, a la que vi morir, luego de que sus hijos la despojaron de la pequeña fortuna que le había dejado el abuelo. Padecí la desdicha de ser un *arri-mado*, un sin familia. Tuve que callar, con las quijadas trabadas, cuando los hermanos de mi madre hablaban de mi padre con desprecio, usando adjetivos que sigo siendo incapaz de deletrear. Fallé siempre y, siempre, tomé la decisión equivocada. En la misma piedra me golpeé no tres sino diez mil veces. No hubo entonces nadie que se acercara a mí para, desinteresadamente, aconsejarme, alumbrarme una calle oscura, susurrarme una ruta desazolvada.

Un día, casi al final de mis dieciocho años, cayó en mis manos un libro titulado *Autoliberación interior*, de Anthony de Mello. Me lo dio mi maestro de humanidades. Lo leí en una sola noche, bajo un techo de láminas de asbesto. No recuerdo con precisión ninguna frase, una enseñanza específica, una palabra, siquiera un pasaje, sólo sé que es el momento más remoto que

existe en mi historia como lector. El libro fue una mano que entra en el mar y saca al que se ahoga, lo recuesta sobre la arena y le llena los pulmones de oxígeno. Ese es el origen de mi amor por la filosofía, que pronto se convirtió en un contrafuerte no para contestar las preguntas más difíciles de la existencia humana (de dónde vengo, a dónde voy, qué hay más allá de la muerte, qué hay antes de la vida), sino simplemente para guiarme en los acontecimientos de mi diario vivir, las relaciones con amigos, familiares, compañeros de escuela o trabajo, mi relación conmigo mismo, y, en suma, lo que Sócrates decía que debía ser el fin de toda filosofía: reconocer lo bueno de lo malo para poder actuar en consecuencia.

Leí, entonces, a Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca, Marco Aurelio y luego avancé hacia los autores de la Edad Media (San Agustín, Santo Tomás de Aquino), después los moralistas españoles (sobre todo Gracián), más tarde los filósofos posteriores al Renacimiento (Spinoza, Locke, Hume), luego Benjamín Franklin, Emerson, para volver de nuevo a los clásicos, esa fuente de agua inagotable. Estos autores son ahora mi linterna de mano: mi padre y mi madre advirtiéndome del mal, mi abuela y abuelo señalándome con el dedo índice los peligros del porvenir. Si algo tiene de valedero este libro se lo debo a ellos. Pero no sólo este tributo me anima, también el deseo de que aquellos peatones que van extraviados por las calles encuentren redención en estas páginas, sean un mapa de orientaciones en un país perdido, una luz verde en la noche desierta, una señal de tránsito entre el tumulto de coches y gentes yendo viniendo en medio de una gran avenida. En un mundo en el que los valores morales agonizan, porque lo material se impone como una verdad inobjetable, no debemos olvidar la contun-

dente máxima de Cicerón: «Sólo el sabio es rico». Espero que el lector encuentre en estas vivencias ejemplares, para decirlo cervantinamente, todo lo que yo no pude encontrar en aquellos años de soledad y desamparo, que hoy volveré a recordar —gracias a ti, lector— rodeado de gratas compañías.